

## EDITORIAL

Si algo ha quedado en claro en el transcurso de los últimos tres años y medio de guerra civil en El Salvador es que los análisis y planteamientos simplistas sobre la situación nacional y centroamericana son refutados y desbordados por la misma realidad y que, eventualmente, las acciones que de ellos se desprenden, están destinadas al fracaso.

Lo anterior es aplicable a la forma en que la Administración Reagan ha venido abordando, pensando e interpretando el conflicto salvadoreño. Con esquemas geopolíticos, aparentemente ya olvidados, que se basan en las doctrinas de la Seguridad Nacional y la Neo-contención, el Presidente Reagan y sus principales asesores parecen ver la región y el país exclusivamente en términos de la cadena de enfrentamientos entre Este-Oeste, "mundo libre-bloque comunista", "malos-buenos" y, en este momento, como uno de los eslabones más importantes de esta cadena.

Este proceso se ha visto potenciado en la medida que las alianzas políticas internas salvadoreñas se han ido readecuando y el desplazamiento del poder de las fuerzas reformistas y moderadas por los elementos más retardatarios de todo proceso de cambio social se ha hecho evidente.

Bajo los enfoques ya mencionados, se han venido proponiendo, formulando e implementando una serie de soluciones que se adecúan más a la realidad que quiere verse y no a la que se vive, ignorando así la experiencia histórica vivida por los pueblos centroamericanos durante los últimos cincuenta años. En este proceso de ideologización se invierten orígenes y argumentos, y las causas aparentes del conflicto se convierten en verdaderas. Ahora, el argumento sobre las causas estructurales de la crisis se relega a un segundo plano y se habla sobre la "conspiración comunista". Ahora, no interesa el entendimiento de los procesos históricos que tuvieron que sucederse para llegar a la actual situación de cosas, sino más bien, ver qué se hace frente a la insurgencia y saber quiénes la apoyan. Ahora, las reformas y las elecciones son diseñadas como medidas contra-insurgentes y no formas para profundizar la democracia.

Sólo así podemos explicarnos por qué se insiste tanto en las elecciones como "la solución" de los problemas nacionales, olvidando por completo que el irrespeto a esos mecanismos en el pasado es en parte causa de la actual situación y que ello ha redundado en el desprestigio que tienen frente a una vasta mayoría del pueblo. Sólo así podemos explicarnos que se insista en volver a repetir esquemas ya fallidos sin haber realizado los cambios necesarios que garanticen que no se repetirán los vicios del pasado.

Se insiste tanto en la implementación del proyecto que, cuando se deteriora la situación política y militar en El Salvador, se agudizan las tensiones regionales y crece la campaña internacional de rechazo a esta forma tan simple de abordar el conflicto, la Casa Blanca culpa a ciertos países, grupos políticos internos de EUA y a ciertos individuos, de ser los estorbos reales del proyecto. Sin embargo, el modelo en sí jamás se cuestiona.

No es sorpresa pues, que los hechos no correspondan a las expectativas. Así, después de estos años de insistencia en el modelo, no solamente no se percibe la luz al final del túnel, sino que las posibles salidas políticas, racionales y nacionales al conflicto tienden a desaparecer y empiezan a ser subordinadas a las salidas militares.

Cuando el Presidente Reagan decide dirigirse a una sesión conjunta del Congreso de EUA pidiendo más ayuda económica y militar para El Salvador y su proyecto regional; ha introducido un nuevo elemento que no existía antes: la determinación de empujar el proyecto hasta sus últimas consecuencias y así poner en juego su futuro político como presidente, la de su partido y la imagen diplomática de los EUA ante el mundo. Es en este sentido que el proyecto se torna verdaderamente peligroso pues, nadie niega la posibilidad de su fracaso y que el simplismo del análisis sea desvirtuado por la misma realidad. Lo peligroso es que lo único que quedaría después del fracaso sería una mayor intervención directa y masiva norteamericana en Centroamérica y en El Salvador.

El Presidente Reagan y sus asesores tienen todo el derecho de considerar la región centroamericana como vital para sus intereses y de hacer del caso salvadoreño el tema central de su agenda en materia de política exterior. La pregunta por hacerse es si la forma de abordar el problema y si el diagnóstico que se hace, así como las salidas que se proponen, corresponden y toman en cuenta la compleja y polifacética realidad salvadoreña, no sólo desde la perspectiva de los intereses de la nación norteamericana, sino sobre todo, de los intereses y realidades del mismo pueblo salvadoreño y el resto de pueblos centroamericanos. En este sentido, la Administración Reagan no debe olvidar que la superación del conflicto pasa por las transformaciones de las condiciones socio-económicas que lo han originado, no puede ignorar la existencia del FDR-FMLN como fuerza social representativa en el país, y debe tener presente que las soluciones que se busquen, para que sean verdaderas y duraderas, no pueden ser excluyentes ni ir en contra de los intereses de las grandes mayorías de nuestro país.

San Salvador, mayo de 1983